

MENOCAL SEMBRO LA SEMILLA DE LA INTERVENCION AMERICANA PARA SER
REELECTO CONTRA LA VOLUNTAD DE LA MAYORIA

"El regocijo que su Gobierno demostraba ante las proclamas ominosas del Ministro americano, es un caso que no tiene precedente en la historia de ningún pueblo digno"; E.J.Varona.

Hablando con el filósofo y patriota que asqueado de la realidad, dejó la presidencia del Partido Conservador y vive retirado de la escena política.

Figura augusta y venerable de mi patria; cumbre excelsa coronada por la nieve luminosa de la virtud, tornasolada por el saber, ejemplo vivo y perenne de una raza que tiene ejemplares, que caminan cara al sol, hacia la inmortalidad, recinto cercado por espigas de pureza y dardos de santidad; arca veneranda donde las grandezas pretéritas de Cuba se ocultan a las profanas miradas de los desventurados esclavos de su culpa; templo majestuoso e imponente donde la filosofía tiene altares iluminados por lámparas de eterna luz; donde la Historia refulge sin máculas ni sombras; maestro de maestros, yo, pobre gusanillo sin luz, voy a tí para descansar con inefable gozo de mis jornadas entre esclavos, de mis luchas con los viles, para beber en tí el vigor para mi voluntad que ya flaquea maltrecha por un ambiente corrompido y estéril, para que con el aliento de tu vida ejemplar, no caiga en esta inmensa clínica donde se agitan los míseros enfermos, atacados de la incurable ataraxia de la desverguenza y el oprobio...

En tu faz de apóstol y de santo, hay, grabada con sello de eternidad, una mueca de dolor infinito, que tiene su origen en la desesperanza de las virtudes de tu pueblo, en la duda tremenda de la eficacia de tus empeños redentores, ante la perspectiva sombría de la esterilidad de tu obra hermosa...

A veces, tu rostro patriarcal se ilumina con reflejos de optimismo y de fe..., pero no siendo

eso más que el espejismo que tu misma buena voluntad forjara, cuando la tremenda realidad traspasó claridades diáfanas, tu alma de santo se precipita de nuevo en estos tristes amaneceres sin auroras, y el silencio elocuente de los iluminados es tu actitud lastimosa.

¿Qué culpa tienes tú, dulce maestro, que esta sociedad que te circunda, y en cuyas entrañas te incubaste, sea ciega de alma y carente de corazón?

¿Por qué has de excusarte ante el tribunal de tu conciencia, de la anemia espiritual del pueblo tuyo?

¿Has de responder ante la historia de que los cubanos no su vieran llegar hasta tí, para beber tu luz y tus doctrinas y tendencias salvadoras?

¿Has de reprocharte como delirio el no haber ido hasta tu pueblo, ya que el pueblo, por ignorancia o corrupción, no pudo llegar hasta tí?

¡Maestro! En la esfera social e intelectual, tu bien sabes que las cumbres no se abaten hasta los valles. Son los valles los que asienten hasta las cumbres y se confunden con ellas, cuando la voluntad es fuerte y el espíritu siente la locura sublime que nos eleva a las alturas de la grandeza moral.

El genio hace lo que hiciste tú: arrojar a torrentes la luz de su cerebro para que la humanidad no caminara entre penumbras.

¿Qué culpa tienes tú, de que la sociedad en que actuaras, no supiera, o lo que es peor, no quisiera aprisionar siquiera un rayo de luz de la que esplendes en el espectroscopio de su alma?

Pero, maestro, eso no acusa falta de habilidad, como decía de sí el gran Márquez Sterling, sino impotencia en el alma de los pueblos para subir resuelta la montaña y aprisionar al sol de vida.

No, genial compatriota, no. Ni esterilidad en sus empeños, ni ineficacia de sus obras.

Nada se pierde en la Humanidad, nada perece. Menos, lo que del cerebro de los genios brota.

En la caótica elaboración de mundos y de soles que constantemente se efectúa en el laboratorio inmenso del espacio, surge un astro de luz deslumbradora.

La ley inmutable y universal, que todo lo rige, que lo ordena todo, dispone que la luz del astro contribuya a embellecer el ciclo que la tierra tiene por artesonado divino, y los hombres piensen, sueñen y se regocijen a la vista de las lámparas que acusan los resplandores de Dios.

Parece que la tierra, adormecida presiente la luz que ha de venir... y que aún no llega. Y la tierra, al recorrer la órbita suya parece que siente desmayos por la ausencia de aquel luminar que no asoma...

¡Está tan lejos la tierra!

Pero un día, quizá después de miles de años, el ojo inquieto de los sabios descubre al tímido viajero y lo denuncia a la universal admiración.

Y la tierra canta, estremecida de contento, la llegada del que trae una luz más de esperanza, quizá una promesa de fraternal amor...

Así es el sabio.

Brota de su cerebro la luz como una catarata impetuosa, y sin embargo las primeras generaciones pasan por entre ese portentoso sin advertirlo siquiera. Pero a luz siguió potente caminando hacia los hombres, abriendo los sepulcros donde estaban las generaciones adormidas e inertes, y un día, quizá muy lejano, la humanidad entera advirtió la luz y se dejó vencer por ella.

Así tu obra, maestro insigne. Estas generaciones que te circundan apenas ven la luz de tu grandeza, pero llegará un día en que Enrique José Varona, llegue a las conciencias humanas y las despierte al golpe divino de su sabiduría.

No será entonces el viejecito de vacilante andar andar, cabe llos de plata y mirada contristecida, sino la idea redentora que sació de su cerebro luminoso, encarnada en los hombres que habrán despertado a su conjuro.

o o o

Son las nueve de la mañana, hora a que nos tiene citados el insigne filósofo y patriarca de las letras cubanas.

Con cierta unción religiosa, como si fuésemos a penetrar en algún templo, así llamamos a la puerta del Chalet, modesto y alegre de Varona.

Una señora, al parecer mulata, nos recibe y pide que aguardemos un segundo.

El Dr. Varona llega prestamente y estrecha nuestra mano con efusión.

Dice que ya me conocía algo por la lectura de trabajos míos y porque Márquez Sterling le había hablado de mí.

Enrique José Varona es un anciano de aspecto verdaderamente encantador.

Su cabeza, casi pelada al redescubre las prominencias y forma que Lombroso daba como características de los hombres niales.

Se esfuerza por aparecer alegre y contento, pero nosotros descubrimos, a través de su aparente alegría un sello de tristeza dulce y resignada.

En el momento en que nosotros llegamos, acababa de leer la segunda carta que el Dr. Zayas había publicado en los periódicos rectificando la que noblemente publicara el día anterior. Esta última carta que ha llenado de amargura el corazón de los buenos patriotas, que en otro país que no fuera Cuba, hubiese levantado una protesta general, por que es el pregón vergonzoso de la cadena que nos ata como una provincia de la República del Norte, el hacha macabrá que cercena nuestra soberanía, esta carta, repetimos había amargado el espíritu del insigne patriota a quien estábamos hablando.

—Doctor: — le dijimos — venimos a que Vd. nos diga su opinión respecto a la triste situación de nuestra Patria.

El Dr. Varona nos miró con curiosidad, meditó luego, y respondió:

—Mi opinión respecto a la situación de Cuba es la de que estamos recogiendo los resultados

de los mayos Gobiernos que hemos tenido.

Excepcionando el primer período de Estrada Palma que es el único aceptable que ha tenido Cuba los demás gobiernos de Cuba no han hecho nada bueno por su pueblo, y sobre todo este último, el que para su reelección que todos los buenos patriotas condenamos, inició la dolorosa orientación de dirigirse a Washington a pedir auxilio para que viniese a dirigir nuestras contiendas políticas, sembrando la inenmiosa semilla de la intervención americana. La indigna actitud de ese Gobierno, que por no contar con la mayoría para triunfar, provoca una revolución y luego llama a los poderes extraños para que sofocuen dando poderes a aquel Mr. González para que cominara con la amenaza de su fuerza, a una parte del pueblo de Cuba, y el regocijo que ese gobierno demostraba ante las proclamas ominosas del Ministro americano, es un caso que no tiene precedente en la Historia de ningún pueblo digno... Y luego, ¡figurese! partiendo de esa base ¿qué cabía esperar? ¡Lo que ha ocurrido!

Nosotros levantamos nuestra nacionalidad sobre un montón de ruinas, pero cometimos el error de edificar utilizando los escombros de la demolición, y eso es todo. Para vencer al espíritu que hasta entonces nos dominara, empleamos, torpemente las luces de ese espíritu mismo y así salió nuestra obra.

Los que lucharon por hacer la patria, revestidos con la cota del egoísmo quisieron cobrar con creces sus esfuerzos y sacrificios realizados, y usando de los derechos que como colaboradores de la obra común decían tener se encumbraron para prosperar y medrar, de todas las formas y mediante todos los procedimientos, aun los más vituperables, sin acordarse para nada del alma del pueblo que había que moderarla en troques de virtud y de grandeza moral.

Hombres inexpertos, no tuvieron siquiera la virtud de rodearse de los mejores y más sabios para recibir orientaciones y luz, sino que dejándose llevar de un personalismo grosero y

mil veces inicuo, labraron su prosperidad y su bien con detrimento de la grandeza de la patria.

—Pero usted, Doctor—le interrumpimos—no colaboró en la obra de estos gobiernos y algunos otros buenos, también?

El Doctor Varona sonrió irónicamente y responde:

—A nosotros se nos llamó a colaborar en la obra de gobierno, pero sin secundar nuestras iniciativas salvadoras.

Eramos los soñadores, los utopistas, los que vivían fuera de la realidad, y por eso nuestros proyectos, nuestras reformas estaban muy bonitas, eran muy altas, pero ¡eran irrealizables!

—¿Y como ustedes, los sabios, los buenos, no aspiraron al dominio absoluto del poder, para desde allí hacer obra de regeneración y progreso? ¿Por qué no fuísteis al pueblo, para que este os elevara...?

El Doctor Varona nos dice entristecido:

—¡El pueblo! ¡El pueblo! La culpa de nuestros males la reparto yo entre los gobernantes y el pueblo, y aun creo que el pueblo es más culpable todavía?

¿Quiere usted mayor pecado que este de contemplar impasibles la obra demoledora de los gobernantes que sufrimos? cabe pensar de un pueblo que hace dos grandes y redentoras revoluciones para sacudir sus cadenas y luego las acepta mil veces peores y más indignas de entre sus mismos hermanos? Pueblo que no despierta ante el rumor de la ignominia que hacía él llega, es pueblo que sólo merece estos gobernantes..

—¿Cuál es la frase, Doctor, la palabra que usted tiene para estos gobernantes de Cuba?

Enrique José Varona eludió el contestar esta pregunta.

Nosotros, para lograr nuestro deseo, se la hicimos de este modo: ¿Cuál es la palabra que yo debo poner en mis labios cuando en el mañana hable a mi generación de estos gobernantes que llenaron de sombras a la Patria? Honradamente, ¿qué debo decir con la plabra y con la pluma, teniendo en cuenta la noble y redentora misión que el destino nos confía?